

EL HOMBRE-MUJER.

---

Es propiedad. Queda hecho el  
depósito que previene la ley.

---

## EL HOMBRE-MUJER.

CABALLERO:

Acabo de leer en el periódico *Le Soir* un artículo vuestro con esta pregunta: ¿Debe matarse á la mujer adúltera? ¿Debe ser perdonada? Para excusar á la mujer presentais razones que á veces son buenas, á menudo ingeniosas; pero siempre están llenas de talento, y opinais por último en favor del perdon. Lo absoluto de vuestra tesis, las prudentes y juiciosas reservas que hace vuestro redactor principal al comenzar vuestro artículo, abren la puerta para la discusión, y con vuestro permiso, aunque no tengo el honor de conoceros personalmente, entraré con vos en ella. De todos modos, desde el incidente de Dubourg, la pluma me hacia cosquillas y sólo espe-

raba probablemente un pretexto para decir mi opinion; además que hace ya cuatro ó cinco años que estudio y doy vueltas en mi cabeza á esta misma cuestion, la cual me servirá de base para mi próxima comedia *La mujer de Cláudio*.

A primera vista esta carta parece un reclamo; pues vaya por el reclamo: arriesgo las consecuencias de ello, y me apresuraré á anunciaros que Cláudio y yo pensamos de un modo muy distinto del vuestro.

Por supuesto que se trata de un Cláudio moderno, concienzudo y cristiano, y no del Cláudio histórico y estúpido que hace, ó por mejor dicho, que deja matar á su mujer por Narciso. En cuanto á la mujer, es la eterna Mesalina, ántes como despues de Cristo.

Sentado este precedente, trataré de no volver á hablar de mí mismo, y abordaremos la cuestion desde lo más alto.

Esta cuestion, bien lo sabeis lo mismo que yo, aunque la habeis tratado en pocos renglones (cosa que yo temo no poder hacer), esta cuestion es una de las más trascendentales que existen.

La humanidad colectiva é individual continúa turbándose ante esa *X* hechicera y terrible: *La mujer*. Ella nos da el sér siempre, y á veces la muerte; pues si es cierto que da la vida al niño, se reserva el derecho de arrebatársela al hombre siempre que puede en el actual estado de cosas. Segun el parecer de algu-

nos, los orientales han resuelto el problema encerrando á la mujer. ¡Qué error! Los orientales se han substraído al sentimiento, lo concedo; pero se han entregado y dejado llevar de los sentidos, y sabido es que el sentimiento eleva miéntras que los sentidos rebajan. Piensan que han reducido al enemigo, y lo que han hecho sólo ha sido reconcentrarlo. En vez de dejar que la tempestad recorra libremente los ámbitos del espacio, la han encerrado con ellos; de esto resulta que mueren fatalmente, con gravedad y de un modo estúpido. Ellos ignoran, y nosotros casi todos ignoramos, que el solo medio para que la mujer sea inofensiva es hacerla libre. Si se quiere ser dueño de ella socialmente, es necesario hacer cesar su esclavitud.

¡Su esclavitud es su garantía, su poder, su genio!

¡Mujeres libres son mujeres muertas!

Pero esto no es del caso.

Volvamos, pues, á nuestra proposicion.

¿Debe perdonarse á la mujer adúltera?

¿Se la debe matar?

Estad prevenido, porque os voy á decir cosas extraordinarias, paradógicas para unos, inconvenientes para otros, monstruosas para la mayor parte. Sin embargo, alguien las ha de decir, y en ese caso más vale que sea yo; estoy hecho á oír las admiraciones que van á sugerir.

Inútil es añadir que lo que aquí digo no está es-

crito para las mujeres. Las mujeres no necesitan que les den pormenores acerca de ellas mismas; se conocen bien, y cuando por casualidad las conocemos mejor que ellas mismas, se tapan los oídos y ruegan que se las deje en su ignorancia, la cual les sirve para conservar sus ilusiones ántes, y de excusa despues.

Las mujeres nunca se rinden á la razon ni aún á la evidencia; sólo las convence el sentimiento ó la fuerza. Enamoradas ó maltratadas; Julieta ó Martina. Lo demás les es de todo punto indiferente.

Mi objeto al escribir esto, sólo es para la instruccion de los hombres. Si despues de revelar estas verdades continúan en su error respecto al sexo femenino, no será mia la culpa, y entónces haré como Pilatos.

No ignorais que la sociedad tiene por objeto el poner en órden, en circulacion y en valor las fuerzas humanas de los cuerpos y de las almas. Si no cumple bien, es porque ignora muchas cosas que deberia saber, ú olvida lo que sabe, ó no puede obrar mejor. Ella consigna, clasifica, glorifica y extermina en nombre de los hechos, pero no se ocupa de las causas, de las tendencias, de las fatalidades originales.

Está limitada al Este por el estado civil; al Oeste por el código; al Norte por las costumbres, y al Sur por una religion ó un culto. Y despues salid de aquí como podais.

No tiene ni el talento de precaver, ni la voluntad de aprender, ni el tiempo de remediar.

Es necesario, pues, en medio y en contraposicion de esta colectividad, que no sabe, no puede, ó no quiere garantizar, constituirse en individuo y garantizarse uno mismo, con el auxilio de ciertas verdades eternas é implacables. Una vez provisto de estas verdades, si no está uno libre de los ataques, por lo ménos no le llegan los golpes.

Ahora bien; hay tres clases de mujeres en la sociedad: hay, sirviéndome de términos clásicos:

Las vestales, que están arriba.

Las matronas, que están en medio.

Las cortesanas, que están abajo.

O en términos más familiares y más inteligibles:

Las mujeres del templo.

Las mujeres del hogar.

Las mujeres de la calle.

Todas las vírgenes son del templo, todos las esposas y todas las madres son del hogar, y todas las cortesanas son de la calle; ello sólo lo dice. Sin embargo, si os fiais de los informes que da el registro social, sereis engañado á cada minuto. Lo repito; la sociedad no hace ni puede hacer estas clasificaciones sino por las manifestaciones que son visibles para todos. Si le enseñais una jóven, debe considerarla como vírgen; la saluda y la inscribe como mujer del templo. Le enseñais una esposa ó una madre de fa-

milia, la debe considerar como establecida y respetable; le hace una reverencia y la proclama mujer del hogar. Le enseñais una prostituta, á quien ella misma ha señalado con un número, debe considerarla como decaida y desacreditada, y baja los ojos diciendo: mujer de calle.

Aparenta ignorar, y quizás ignora, lo que sólo saben algunos sacerdotes, algunos facultativos, algunos abogados, algunos sabios y algunos observadores; ignora el mentís absoluto, casi siempre tan fatal en sus consecuencias como en sus causas, que la Naturaleza da á esta clasificacion superficial. Y resulta que hace esposas, madres, cortesanias con criaturas que habian nacido para permanecer vírgenes; y quiere obligar á permanecer vírgenes, ó á ser esposas y madres, á unas criaturas que habian nacido para ser cortesanias.

Todo el drama se encierra aquí.

Como ya lo hemos dicho, todas las vírgenes son del templo. Y en efecto, lo que constituye el templo es el misterio y la impenetrabilidad. Las vírgenes son, pues, unos misterios impenetrados. La Naturaleza y la sociedad, de acuerdo en apariencias, les dicen cuando llegan á cierta edad, que difiere segun las latitudes, que deben amar.

¿Amar á quién?

Al hombre, dice la Naturaleza.

A un hombre, dice la sociedad.

Y despues de-esto, la Naturaleza y la sociedad, al parecer de acuerdo, gritan á quien mejor: ¡al hombre, señoritas, al hombre! Y se presenta el hombre en estado de esposo para las ricas, en estado de amante para las pobres, con la llave de la libertad en la mano. Les abre, y ellas salen, excepto algunas que permanecen en el templo, sea por inclinacion directa ó por necesidad material, ó bien por miedo al torbellino humano: hé aquí las unas en el hogar, las otras en la calle. Y ahora es cuando la Naturaleza y la sociedad, que estaban de acuerdo la vispera, ya no están conformes.

Empecemos por la Naturaleza.

Las dos manifestaciones exteriores de Dios son la forma y el movimiento. En la humanidad, lo masculino es el movimiento, lo femenino la forma. De su aproximacion nace la creacion perpetua; mas esta aproximacion no se efectúa sin lucha. Hay choque ántes que haya fusion. Cada uno de los dos términos, hallando en el otro lo que no encuentra en sí propio, trata de apoderárselo. El movimiento quiere arrastrar la forma en pos de sí, y la forma anhela detener el movimiento en ella.

El hombre, encontrando en la mujer la perfeccion de su propia forma, le dice: «Sé sólo para mí.» Sea. «Entónces no obres más que para mí,» contesta la mujer al hombre. Cuando el hombre tiene conciencia y la mujer conformidad, la lucha es corta.

En vez de querer dominar á la mujer, el hombre se la asocia; en vez de pretender desviar al hombre de su camino, la mujer le acompaña en él. Entónces no es sólo union, hay comunión: de donde resulta un sér providencialmente combinado, doble y uno, total en una palabra, que posee el sentido de su origen, de su desarrollo y de su fin, ó mejor dicho de su formación superior, puesto que no ignora que no debe finir. Está en las nupcias eternas y en la eterna filiación. Admirable estado, sobrehumano, que sólo necesita la muerte para ser divino; estado al cual pocos séres pueden llegar y que muy pocos aún pueden entender. Es el amor en toda su pureza, toda su elevación y su fecundidad.

Indudablemente no es de estos privilegiados de quien tenemos que ocuparnos aquí, porque no necesitan de nuestras reflexiones ni de nuestra enseñanza, atendido á que saben mucho más que nosotros. Honrémosles, glorifiquémoslos al paso, pero no nos detengamos.

Por ahora sólo nos importa ocuparnos de esa mediana humanidad, á la cual más que ninguno hemos pertenecido, que hemos tenido ocasión de estudiar, y á la cual quisiéramos hacer partícipe de todo lo que nos ha enseñado, á medida que hemos procurado desprendernos de ella.

Ahora bien: en esta humanidad, lo masculino y lo femenino, el movimiento y la forma, los sexos se

aproximan y se acoplan, menester es decirlo, sin saber por qué. Los más honrados se ponen en regla con la sociedad, y ante un escribano y un sacerdote juran amarse y quedar unidos hasta la muerte. Cumplen casi su juramento. Entónces se unen ambos al carro de la vida, y tiran de él como los bueyes del arado, metiéndose en el lodo y en las piedras bajo el sol y la lluvia, y cavan su surco trabajosa, paciente y silenciosamente, sin preguntar lo que sembrarán tras ellos ni lo que saldrá algún día.

La necesidad es lo único que los agujonea cuando quieren pararse. Les permite tomar aliento de vez en cuando, al final del surco, y un día de descanso les produce el efecto de la dicha.

Mucho instinto, ignorancia y costumbre; un poco de resignación, de sentimiento y de esperanza, hé aquí el fondo. Al mismo tiempo llaman á la vida á otros séres que se les parecerán, y mueren como han nacido, como han vivido, como han creado, como lo han hecho todo, sin tener conciencia de lo que hacían. Esto es para los pequeños y los pobres, para el vulgo. Para los grandes y los ricos sucede exactamente lo mismo, excepto que se hallan colocados un poco más arriba de la escala, que comen mejor, que hacen peor la digestión, y que no tienen que tirar más que de sus pasiones, de sus vicios, de sus males y de sus disgustos personales, casi siempre voluntarios.

Tal es el oficio general, visible, de las sociedades: inmensos rebaños de hombres que bullen, que pacen, que balan, se reproducen, se batan, pasan, desaparecen y se renuevan, sin que una nube retroceda de su rumbo, sin que una gota de agua vuelva á su manantial al traves de la indiferencia completa de la Naturaleza, que los entretiene y los devora con una sangre fria que desespera.

Pues bien; la mayor lucha que tienen que sostener estos séres, no es contra los elementos, contra la barbarie, contra el hambre, contra la ambicion, la guerra y la conquista: la lucha que existe entre ellos es la de lo masculino y de lo femenino; lucha tremenda, eterna, cotidiana, incesante, tanto más terrible cuanto que los combatientes empiezan por adorarse ó creerlo, y en todos casos por jurarse que se adoran. Digámoslo de una vez,—no en alabanza, puesto que es algo mejor para ella y por ella decir,—en gloria de la mujer: El hombre vencedor en apariencia, sale siempre vencido en esa lucha.

El catolicismo, al suprimir el casamiento de los curas ha sabido lo que se hacia, y habeis visto que desde que este nuevo mundo del alma existe, los pastores del rebaño humano han sido los hombres que se han sustraído á lo femenino, ó que se lo han subordinado por la alianza puramente espiritual. Así es que la primera cosa que haceis es mandar vues-

tras mujeres al sacerdote, declarando así vuestra impotencia para dirigir su alma, en la cual él penetra y os cierra la puerta si le parece bien.

Desaparece entónces con ella en unas regiones en donde no sois admitido.

Allí se dicen cosas que no os importan.

Es el derecho del confesor y el secreto de la conciencia.

En el caso que, á pesar de tan benéfica intervencion, vuestra hija ó vuestra mujer hayan cometido una falta, perded cuidado, volvereis á usar de vuestros derechos: vos sereis quien padezca y quien remedie. El sacerdote, impasible y paciente como su Dios, aconsejará y provocará el arrepentimiento.

Si el arrepentimiento llega, entónces el clérigo vuelve á usar de su autoridad; si no viene, excomulga sin turbarse ni un momento. Por el sacerdote es por donde la mujer empieza á sustraerse al hombre.

Si es hija, ya no es el padre el solo justiciero; si esposa, ya no está sujeta á la jurisdiccion exclusiva de su marido. Es cierto que el hombre por su lado puede evadirse del clérigo para sí mismo, y el sacerdote sólo trata débilmente de atraérselo; pero conserva á la mujer, y miéntras cuente con esto tendrá la seguridad de volver á apoderarse del marido y de los hijos, porque el hombre, *ocupado en asuntos serios*, confiará siempre su alma á la madre, con



MONTERREY, N. L.

el pretexto de que es necesario que las mujeres y los niños tengan una religion, y esto no sabe él dárselo por sí mismo.

El sacerdote sólo puede temer un adversario: el amante; pero no todas las mujeres tienen amante, y las que lo han tenido (pues ya sabemos cómo esto concluye) vuelven al sacerdote en proporción de noventa y cinco por ciento.

Por eso comprendemos muy bien que los llamados *libre-pensadores* sólo tengan una idea, la de emancipar á la mujer y alejarla de la Iglesia. Comprenden que lo masculino no será libre mientras que lo femenino, sin el cual no puede pasar, sufra esa representación á la vez arbitraria y formal de Dios. Desgraciadamente, para los libre-pensadores por supuesto, nunca llegarán á esta emancipación. Vienen á estrellarse, no contra un convenio social, esto sería lo de menos, pero sí contra uno de los elementos constitutivos de la mujer eterna. El hombre es la mayor parte del tiempo feticista é idólatra. Así es que adora á su mujer, sobre todo en su forma exterior; la mujer, por el contrario, es casi siempre supersticiosa; lo que significa que siempre necesita algo superior á ella, alguna cosa que no tenga forma, pues ella es la perfección de la forma; y como sucede casi siempre que el hombre es grosero, feo, ignorante, bruto y estúpido, que se somete á ella ó la rebaja hasta él; como de todos modos se consi-

dera ella como su igual, busca lo que pueda á la vez dominarla y exaltarla, aquella religiosa leyenda que la proclama reina de la tierra, declarando que ella fué quien hizo echar á Adán del Paraíso, que ella ha sido la que sin el auxilio del hombre ha dado á luz un Dios; y por último, que ella será la que salvará al mundo aplastando la cabeza de la serpiente.

Así es que por poco que sigais el movimiento de las almas como seguís el de la política y de los acontecimientos, no podéis menos de observar que el cura se esfuerza en apartar la humanidad católica de la religion de lo masculino, ó por decirlo así, de la religion del Padre y del Hijo, trayéndola por medio de la Inmaculada Concepción á la religion de María, de la Virgen-Madre, de la *esposa espiritual*, de la mujer en fin.

Estas son cuestiones graves, caballero, muy graves, algo más importantes que las que á veces ocupan toda nuestra atención, lo cual permite á aquellos que se han colocado por encima de las cosas humanas suprimiendo lo femenino y volviéndole contra los demás, lo cual permite, repetimos, á los religiosos (ya comprendéis el sentido de la palabra) el trazar un círculo en el cual los otros están encerrados.

No olvideis, caballero, que los imperios perecen, que las civilizaciones se transforman, que las religiones se dividen; pero que Dios, el hombre y la

mujer, principios del mundo, siempre subsisten en el mismo estado.

Los tres lados del triángulo eterno están, pues, representados por Dios, el hombre y la mujer. Los libre-pensadores pretenden poner al hombre y á la mujer contra Dios, mas no lo conseguirán. El cura les contesta poniendo á Dios y á la mujer contra el hombre que no quiere comprender, y á quien tienen que sustituirse, y por esta razon sucede que el hombre sale por el momento vencido. ¿Qué hace falta, pues? Una cosa cuyo secreto algunos poseen: es menester poner de acuerdo los tres lados del triángulo; dicho de otro modo, en vez de entenderse el hombre y la mujer contra Dios, lo que no puede ser, y de entenderse Dios y la mujer contra el hombre como sucede hoy, hace falta lo que debe ser, que Dios, el hombre y la mujer se entiendan juntos. Despues de esto, se habrá hallado la armonía universal; pues componiéndose la familia primero de los dos individuos, hombre y mujer, esposo y esposa, padre y madre; componiéndose la sociedad de familias, las naciones de sociedades, y el mundo de naciones, con Dios en la cumbre, alrededor y dentro, es seguro que el día en que los individuos estén en *conciencia*, el mundo estará en armonía, y el cielo y la tierra formarán una cosa y sola. *Amén.*

¿Y el medio?

Busquémoslo.

Dejemos á un lado el conjunto de las cosas, que sólo es una consecuencia, y ocupémonos sólo del hombre y de la mujer, que son el principio. Del mismo modo que hemos clasificado á las mujeres clasificaremos á los hombres. Sólo que en la clasificación de estos últimos, la sociedad nada tiene que ver con la libertad que el hombre se ha apropiado y de la cual necesita para efectuar su movimiento providencial, haciéndole ir y venir continuamente al traves de todas las demarcaciones sociales.

No es del templo, puesto que su virginidad no forma aún parte integrante de su valor social; tampoco pertenece al hogar en el mismo sentido que la esposa, porque le basta un minuto para ser padre, mientras la madre necesita cerca de un año para serlo, porque él mantiene al hijo con su trabajo, pero no con su sangre, y porque la misma necesidad de este trabajo puede llevarlo á miles de leguas del hogar, cosa que no puede exigirse de la madre sino cuando es viuda; pero entónces se ve obligada á sustituirse al hombre, desempeñando á la par las funciones de padre y madre.

Ultimamente no es de la calle, en el mismo concepto que la mujer, puesto que sus faltas de corazón y de cuerpo no implican hasta ahora ninguna decadencia social para él, pero sólo un rebajamiento físico ó moral, del cual puede levantarse cuando quiera. Si se vende, si comercia con el amor seme-

jante á la prostituta, cae más bajo que ella. Ya no es siquiera de la calle, sino del arroyo.

No podemos entónces, ya que posee un movimiento propio y que está libre de ciertas necesidades impuestas á las mujeres, no podemos clasificarlo sino por los testimonios que libremente hace de sí propio.

Dividiremos, pues, los hombres en dos órdenes de una sencillez elemental:

Los hombres *que saben*, es decir, algunos.

Los hombres *que no saben*, es decir, todos los demás.

Los primeros son los que tienen por misión enseñar y guiar á los segundos.

Mas como los segundos tienen conciencia de que son más numerosos, se proclaman los más sensatos, y en todo caso los más fuertes, y se resisten en nombre de sus intereses, de sus pasiones, de sus sentimientos, de sus costumbres, de su libertad. Y esto explica la marcha tan lenta, casi imperceptible, de la humanidad hácia las verdades de evidencia. Por consiguiente, se ve en seguida, en lo que toca al hombre y á la mujer, de qué naturaleza, de qué duración, de qué consecuencia puede ser el conflicto entre los dos órdenes.

Cuando la mujer cae en manos del hombre *que sabe*, las cosas marchan á las mil maravillas, así como lo decíamos al principio, porque el hombre

*que sabe* no se equivoca en la elección de la mujer, ó conoce lo que debe hacer despues, si es que por casualidad se ha equivocado ántes. Mas como son pocos los hombres *que saben*, la mayor parte de las mujeres tropiezan con los *que no saben*. Y como la mujer no puede funcionar sin el hombre, puesto que él posee el movimiento, bien podeis comprender adonde pueden ir juntos, ó cada uno por su lado, cuando él mismo ignora adonde va. De donde podria deducirse que cuando la mujer comete una falta, siempre la culpa es del hombre, y por consiguiente que el hombre está obligado al perdon, deducción á que llegais en vuestro interesante artículo del periódico *Le Soir*. Examinemos.

Ya sabemos de qué modo el hombre se casa.

Por ahora ocupémonos sólo del casamiento estético, por decirlo así, de aquel que es para la mujer la consecuencia inmediata de su salida del templo, y en donde entra virgen y de buena fe. El hombre contrae, ó bien un casamiento por amor, ó lo que llaman un casamiento de cálculo. De todos modos, firma un convenio definitivo, contrae una alianza indisoluble; por lo ménos así sucede en Francia.

Encuentra ó le enseñan una jóven más ó ménos apta, más ó ménos predispuesta al matrimonio; pues como tiene una ignorancia completa de lo que es el matrimonio, nadie puede saber, ni áun ella misma, si es apta ó está predispuesta para ello.